

GESEMANI

“La Redemptoris Mater en la espiritualidad de Getsemaní”



“El Amor no es amado”

Mayo de 2022

EDITORIAL



Queridos hermanos de Getsemaní,

¡¡Feliz Pascua de Resurrección!!

Vamos avanzando en este tiempo Pascual, de la mano de María, esperando con ella la Venida del Espíritu Santo en Pentecostés. En este mes de mayo, la Iglesia dirige nuestra mirada hacia la Virgen, hacia su Corazón Inmaculado, para descubrir aquello que decía el Papa hace unos años en Fátima: “¡¡Tenemos Madre!!”

Desde aquella hora, al pie de la cruz, en que Cristo nos la entregó, ese “ahí tienes a tu madre” recorre la historia de cada cristiano, cada hijo de María, para que como Juan, tú también la acojas en tu casa, en tu corazón, y dejes que ella te ponga en sintonía con Jesús.

Así fue en la primera comunidad cristiana: todos permanecían constantes en la oración, esperando el Espíritu Santo, con María!! Y ella sostenía aquella Iglesia naciente, a los apóstoles, a todos aquellos que se iban bautizando y uniéndose a aquellas primeras comunidades: ¡¡ella es la Madre!! Me imagino con que cariño y veneración la tratarían todos, y como ella iría acercándose a cada uno, hablando con ellos, entrando en su corazón, como madre, para asumir y llevar consigo las situaciones e inquietudes de sus hijos, de cada uno, y cómo les aconsejaría, les animaría a ser fieles, a vivir con Jesús, a buscar la santidad!!

Igual que en aquel momento, ella continúa siendo el cauce por el que nos llegan todas las gracias; nosotros, sus hijos, seguimos experimentando su mano materna y su cuidado constante, su aliento en las pruebas, y el sosiego y la serenidad de la que siempre ha confiado en el Señor.

¡¡Qué gran alegría da saberse Hijo de María!!

Pedimos al Señor poder vivir pegado nuestro corazón al de la Virgen, estrechados en su regazo, para poder salir al mundo con la fuerza y el ardor de los apóstoles, contagiados por el derroche de gracia que ha tenido el Señor con nosotros al darnos a María por madre, y así con ella, esperamos el don del Espíritu Santo, que tanto necesitamos para vivir de veras como hijos.

Unidos en María

Fernando Ballesteros

“OS DARÉ PASTORES SEGÚN MI CORAZÓN ...” (Jer. 3, 15)

Queridos hermanos de Getsemaní:

En este mes de mayo, mes de las flores a María, queremos dedicarle también nosotros nuestro retiro.

El pontificado de Juan Pablo II estuvo marcado por la presencia de María. Su lema, “Totus Tuus” (Todo Tuyo), fue todo el tiempo un abandonarse a María para que actuase a través de él. San Juan Pablo II mostró también su marcada devoción mariana a través de sus visitas a santuarios marianos, consagró el mundo a la protección de la Virgen en varias ocasiones, y nos legó varios textos pontificios profundizando en el amor de nuestra Madre.

En uno de nuestros pasados retiros abordamos la encíclica “Dives in misericordia” (Rico en misericordia) cuya enseñanza también se recoge en nuestros estatutos. Fue la segunda encíclica de Juan Pablo II, después de “Redemptor hominis” (Redentor del hombre). Allí también hablaba el Papa de María, Madre de la Misericordia, porque es Madre del Hijo de la Misericordia y porque María se convirtió en Misericordia. Nos recordaba a María y la Misericordia reflejada en la oración del Magnificat, en el que María nos enseña a entrar en contacto con el mal, teniendo una reacción de amor y no violenta. También nos hablaba de María, como aquella que experimentó la Misericordia y mostró en su corazón exquisito, tacto, sensibilidad, siempre respondiendo a su Hijo. Por fin, nos abrió la maravillosa contemplación de María, la madre de la Misericordia en el cielo: María en misión de Misericordia con el Espíritu Santo.

En este retiro de mayo queremos fijarnos en el texto mariano por excelencia de san Juan Pablo II, que sitúa a María en el centro del misterio de la Redención junto a su Hijo, el Redentor del hombre.

Si había una palabra utilizada, repetida, reiterada y en la que insistió el Papa Juan Pablo II durante su pontificado, esa era “Redemptoris” (Redención). Por eso habla de María como la Madre del Redentor.

Juan Pablo II presenta a María como una mujer siempre en camino, pues ser cristiano es estar en un camino, caminar hacia un horizonte cambiante pero en una misma dirección. El 25 de marzo de 1987 y día de la Encarnación, aparece publicada la “Redemptoris Mater”, con una estructura en tres partes:

“María en el misterio de Cristo”, ¡llena de Gracia!”

“María en el centro de la Iglesia peregrina”, la iglesia como pueblo de Dios en marcha

“María en mediación materna”, María esclava del Señor.

Concluyendo la encíclica, se hizo un año mariano.

“Redemptoris Mater”, es una pequeña mariología al alcance de todos, pero a la luz del misterio de la Redención. Por eso, es particularmente interesante para Getsemaní, que trata de vivir toda la riqueza de este misterio encerrada en el Corazón de Cristo y de su Madre.

Podemos resaltar de nuestra madre su gracia singular de ser llamada a ser la Madre de Cristo. Dios la miró complacido con la Gracia que puso en Ella. La bendijo en Cristo, más que a cualquier otra criatura, preservándola de todo pecado y colmándola de su gracia.

Ella, la Inmaculada, fue la primera redimida, pues hay dos formas de redimir: sacar de la esclavitud e impedir que se caiga en la esclavitud. María fue preservada de caer y así, tantas veces,

Ella con su poderosa intercesión, evita tantas caídas nuestras. Por eso, acudimos particularmente a su ayuda en la lucha espiritual que libramos contra el Maligno.

El Papa resaltó mucho en esta encíclica el camino de la fe de María. Ella es nuestro modelo en creer, maestra del discernimiento que nos enseña a vivir la noche de la fe, que también vivió Jesús en Getsemaní, noche de tinieblas y «hora» de la entrega de la vida.

El itinerario de la maternidad de María culminó en la cruz; “Ahí tienes a tu madre, ahí tienes a tu hijo”. Nos la entregó como Madre de la Iglesia y Madre de Getsemaní. Somos cada uno de nosotros el discípulo amado que reclinó la cabeza en el Corazón del Señor y recibió a María en la Cruz como Madre y formamos con Ella una comunidad de hermanos.

Pidamos, hermanos, con María el don renovado del Espíritu Santo. Preparemos Pentecostés para no sentirnos nunca huérfanos. “Nunca os dejaré huérfanos” nos dice el Señor.

Con mi afecto y bendición, vuestro consiliario.

José Anaya Serrano



NUESTRO BUZÓN



PASCUA 2022

Queridos hermanos de Getsemaní, queremos compartir con vosotros cómo hemos vivido esta Semana Santa.

Podemos decir que esta Semana Santa la hemos vivido de una manera sencilla, muy tranquila, pero, no por ello, de manera menos especial. De hecho, el vivirla de manera tan normal ha sido lo verdaderamente extraordinario, teniendo en cuenta cómo hemos tenido que vivir la Pascua los dos años anteriores, debido a la pandemia del Covid.

Aquella Pascua de 2020, en casa, sin Eucaristía, y la Pascua de 2021, con las celebraciones “a medio gas”, nos mostraron, por si no nos habíamos dado cuenta todavía, la importancia y la necesidad de vivir estos días muy cerca del Señor y de compartir nuestra fe en comunidad.

Desde que nos casamos, vivimos en Argés y, como en los últimos años, hemos pasado estos días de Semana Santa en nuestra parroquia, participando en las celebraciones propias de estos días, destacando como momentos que más nos han ayudado el Vía Crucis del Viernes de Dolores, la Hora Santa del Jueves Santo y la Adoración de la Cruz, momentos todos ellos en los que el Señor se nos ha mostrado clavado, llagado y espinado, pero en los que, de manera asombrosa, es Él el que nos ha consolado a nosotros.

Es cierto que, en ocasiones, caemos en la tentación de recordar con añoranza otras Pascuas, que, desde la distancia, siempre nos parece que las vivíamos mejor, más intensamente, ¡qué cosas me hacía sentir el Señor entonces!... pero que el tiempo o las circunstancias nos hagan vivir las cosas de un modo diferente, no quiere decir, necesariamente, que sea peor. A lo mejor, en esta Semana Santa, hemos sido llamados a acompañar al Señor en su Pasión desde la cotidianidad de nuestro hogar, en la vida de nuestras parroquias, llevando también nuestra particular manera de vivir la Pascua, la de Getsemaní, a nuestros vecinos, con los que convivimos día a día. Las circunstancias cada año pueden cambiar, pero el Señor nunca cambia, Él siempre nos quiere igual, Él siempre se entrega igual, el Señor siempre permanece. Nosotros hemos intentado vivir estos días con el Señor con sencillez, desde nuestra situación actual, ofreciendo nuestras muchas limitaciones, pero con el propósito firme de ser lo que el Señor quiera que seamos: luz (aunque tenue), sal (aunque, a veces, poquita) y semilla (aunque pequeña), y de estar donde el Señor quiera que estemos: en nuestra parroquia, familia de familias, y en nuestro movimiento, Getsemaní, la familia que nos ha visto nacer y crecer en la fe y por la que damos gracias y pedimos cada mañana en nuestro Ofrecimiento de obras.

Nos despedimos, deseando que la alegría de este Tiempo Pascual llene vuestros hogares y que sepamos transmitir la buena noticia de la Resurrección del Señor, de la que somos testigos, a los que nos rodean.

Que María sea nuestro modelo.

Muy Unidos.

Pedro y Zinthia.

Pascua Juvenil

Hola mi nombre es Jose Vicente y vengo a contaros mi experiencia de lo vivido en la Pascua Juvenil de Getsemaní que se hizo en el pueblo de Los Cerralbos.

La Pascua fue de Miércoles Santo a Domingo de Resurrección. Unos días clave en nuestra vida de fe y que sin duda, haberlo vivido con los jóvenes, me ha ayudado a profundizar más en estos días y su importancia.

De esto, para resumir y no aburriros, os explicaré tres momentos clave. Mi turno de adoración del jueves santo, la adoración a la cruz del viernes santo y el camino de Emaús del sábado. Aunque no penséis que todo fue rezar y misas, pero son grandes momentos que me quedaré y quería compartir. Tras acabar la Hora Santa con los jóvenes y los feligreses del pueblo, tocaba esperar un poco pues tenía el turno de 2-3 y sabía que si me iba a dormir, podía ocurrir que no me levantase, o me levantara sin ganas. Ya cuando se acercó la hora, entramos al monumento los jóvenes que teníamos ese turno.

Hago aquí un pequeño paréntesis y es que en la tarde del mismo día habíamos estado viendo la Pasión de Mel Gibson. Se que muchos pensaréis que es lo típico, o a lo mejor que es demasiado fuerte para ver, pero es una película que te ayuda a entender todo lo que hizo el Señor por nosotros. En ese día del Jueves Santo tocaba reflexionar sobre todo lo que en Jerusalén ocurrió. Desde la institución de la Eucaristía, hasta el momento en el que, estando el Señor en Getsemaní, es prendido por los soldados. Pensar en ello fue lo que me ayudó a estar en el monumento. Pensar que yo estaba acompañando al Señor en esas horas de agonía y angustia, me hizo pensar mucho en todo el daño que le causamos cada día. Pero no la humanidad, que también, si no yo mismo, en mi día a día. Si que es verdad que al estar cantando y acompañando al Señor en esa hora, se nos pasó tan rápido que decidimos estar la siguiente hora, pues... ¿Cuándo se nos iba a ofrecer la oportunidad de estar acompañando al Señor y sin agobios de tener que hacer cosas, o entregar trabajos o cualquier actividad? Ahí sin duda, fue el Señor quien nos dio fuerzas. ¿increíble verdad? Es decir, estábamos nosotros acompañándolo y era Él quien nos daba esa fuerza para estar ALLÍ, rezándole, hablándole, meditando lo que estaría viviendo en esos momentos.

Algo parecido fue el momento de la adoración a la Cruz. Y de nuevo hago aquí un paréntesis para explicaros. Sin duda el Viernes Santo puede ser el día más duro para los cristianos. Nuestro Señor Jesucristo está padeciendo por TODOS nosotros, creyentes, no creyentes, practicantes... por toda la humanidad. El oficio, que no es misa, de ese día, está cargado de detalles visuales que te hacen vivir estos momentos más en profundidad. Pues bien, la adoración a la cruz no se escapaba de esto. ¿Cuántas veces vemos la cruz? ¿Cuántas veces vemos una imagen de Jesús crucificado y tenemos tiempo de parar y mirarlo, pero MIRARLO BIEN y pensar que eso lo hizo por MI?

Ya no era acompañar al Señor, sino MIRARLE. Mirar sus heridas, cada una de ellas. Mirar la Cruz, y pensar, ¿Cuántas veces se sube el Señor a esa cruz por MI? ¿Cuánto amor en una sola imagen? Pensar en nuestras cruces diarias y saber que ÉL siempre nos va a acompañar, que carga con ellas, que incluso ÉL sube a esas cruces y que quiere morir en ellas. Quiere darse por entero sin recibir nada a cambio. ¿Por qué? Cuan loco de amor está nuestro Dios que muere por MI.

El camino de Emaús fue otra historia alucinante. Pensad que yo no conocía a mucha gente de Getsemaní y desde el primer día se veía que me quedaba empanado o como yo digo, pensando en mis cosas, mientras los demás estaban todos con todos. Menos mal que hay gente maja en todos lados y me sacaban de mi empanamiento.

Nos fuimos el sábado por la mañana a Arenas de San Pedro y allí tuvimos primero un rato de retiro, cada uno por su lado y ya después de comer, el camino de Emaús. Los días de antes nos dijeron Rodri, Elena E. y Elena A. que el Espíritu Santo era quien había hecho las parejas para caminar y nunca dudaré de ello. Se me hizo corto el camino, pues con la persona con la que caminé fue como si hubiéramos sido esos dos discípulos que van de vuelta a Emaús. Apenas nos conocíamos de habernos cruzado en la Pascua, pero estando el Señor de por medio... no se le puede pedir nada más.

Me hizo pensar, ¿cuántas veces en mi vida me quedo con ese Cristo que ha muerto pero no resucitado?. Apenado, triste y sin esperanza aun cuando el Señor les había dicho que resucitaría. ¿Cuántas veces soy como esos discípulos que vuelven apenados y sin esperanzas? Cristo resucitó por nosotros, resucita cada día en nosotros y nos da todo su amor para que libremente le escojamos. ¿Por qué no?

Se que me dejo mil y un detalle, mil y una historia que contar. Pero estas cosas hay que vivirlas y no dejar que nos las cuenten.

Jose Vicente



“ALEXA, REZA CONMIGO”

Hoy día todos conocemos estos simpáticos asistentes virtuales que en muchos hogares se han hecho un hueco, e incluso nos acompañan en el teléfono móvil. Los más conocidos son Google, Siri y Alexa. Pues bien, precisamente quería hablar de este último dispositivo que es el que desde hace un tiempo tenemos en casa, y he tenido tiempo de indagar en sus entresijos.

Como habréis podido apreciar, los que también disponéis de un Amazon Echo, Alexa viene de fábrica sin evangelizar (vamos, que es un poco atea). Pues bien, he de deciros con gozo que esto tiene solución. En poco tiempo y sin esfuerzo, con unas pequeñas “catequesis” (skills en su jerga) la tendréis lista para rezar. Para que nos entendamos, las Skills son para Alexa como las apps para los smartphones.

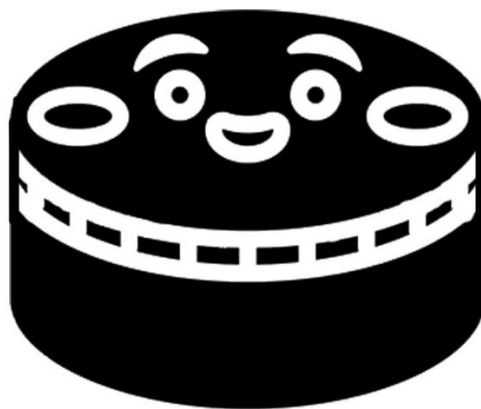
Si entras dentro de su aplicación en el teléfono con la que la activaste la primera vez, y donde tienes todas la configuraciones y opciones, encontraras un apartado donde pone skills. Aquí es donde puedes encontrar un gran catalogo variado de estas aplicaciones, para añadirla muchas funciones nuevas. Entre ellas, como no podía ser de otra manera, hay skills católicas. Así por ejemplo, la puedes hacer que te lea el evangelio del día, buscar un pasaje concreto en la biblia, rezar oraciones contigo, el Santo Rosario, hacer un viacrucis, leer textos o reflexiones para meditar... Incluso configurando la rutina adecuada puedes hacer que al decirla por la mañana “Alexa Buenos días” además del tiempo que hace y el estado del tráfico para ir al trabajo, ella te dirá el Santo que celebramos hoy y te animará a ofrecer el día. Por supuesto si se lo pides rezará contigo el ofrecimiento de obras.

Vamos, que tengo a nuestra Alexa que parece una niña del MEJ.

Una vez más vemos como las nuevas tecnologías, bien usadas, también pueden estar al servicio de la evangelización. si tenéis alguna duda podéis preguntarme y os explico cómo se configura y algunas skills interesantes.

Muy unidos

Juanjo Tebar



FORMACIÓN

La maternidad divina de María

Queridos hermanos y hermanas:

Una fórmula de bendición muy antigua, recogida en el libro de los Números, reza así: “El Señor te bendiga y te guarde. El Señor ilumine su rostro sobre ti y te sea propicio. El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz” (Nm 6, 24-26). Con estas palabras que la liturgia nos hizo volver a escuchar ayer, primer día del año, os expreso mis mejores deseos a vosotros, aquí presentes, y a todos los que en estas fiestas navideñas me han enviado testimonios de afectuosa cercanía espiritual.

Ayer celebramos la solemne fiesta de María, Madre de Dios. “Madre de Dios”, Theotokos, es el título que se atribuyó oficialmente a María en el siglo V, exactamente en el concilio de Éfeso, del año 431, pero que ya se había consolidado en la devoción del pueblo cristiano desde el siglo III, en el contexto de las fuertes disputas de ese período sobre la persona de Cristo.

Con ese título se subrayaba que Cristo es Dios y que realmente nació como hombre de María. Así se preservaba su unidad de verdadero Dios y de verdadero hombre. En verdad, aunque el debate parecía centrarse en María, se refería esencialmente al Hijo. Algunos Padres, queriendo salvaguardar la plena humanidad de Jesús, sugerían un término más atenuado: en vez de Theotokos, proponían Christotokos, Madre de Cristo. Pero precisamente eso se consideró una amenaza contra la doctrina de la plena unidad de la divinidad con la humanidad de Cristo. Por eso, después de una larga discusión, en el concilio de Éfeso, del año 431, como he dicho, se confirmó solemnemente, por una parte, la unidad de las dos naturalezas, la divina y la humana, en la persona del Hijo de Dios (cf. DS 250) y, por otra, la legitimidad de la atribución a la Virgen del título de Theotokos, Madre de Dios (cf. ib., 251).

Después de ese concilio se produjo una auténtica explosión de devoción mariana, y se construyeron numerosas iglesias dedicadas a la Madre de Dios. Entre ellas sobresale la basílica de Santa María la Mayor, aquí en Roma. La doctrina relativa a María, Madre de Dios, fue confirmada de nuevo en el concilio de Calcedonia (año 451), en el que Cristo fue declarado “verdadero Dios y verdadero hombre (...), nacido por nosotros y por nuestra salvación de María, Virgen y Madre de Dios, en su humanidad” (DS 301). Como es sabido, el concilio Vaticano II recogió en un capítulo de la constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia, el octavo, la doctrina acerca de María, reafirmando su maternidad divina. El capítulo se titula: “La bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia”.

El título de Madre de Dios, tan profundamente vinculado a las festividades navideñas, es, por consiguiente, el apelativo fundamental con que la comunidad de los creyentes honra, podríamos decir, desde siempre a la Virgen santísima. Expresa muy bien la misión de María en la historia de la salvación. Todos los demás títulos atribuidos a la Virgen se fundamentan en su vocación de Madre del Redentor, la criatura humana elegida por Dios para realizar el plan de la salvación, centrado en el gran misterio de la encarnación del Verbo divino.

En estos día de fiesta nos hemos detenido a contemplar en el belén la representación del Nacimiento. En el centro de esta escena encontramos a la Virgen Madre que ofrece al Niño Jesús a

la contemplación de quienes acuden a adorar al Salvador: los pastores, la gente pobre de Belén, los Magos llegados de Oriente. Más tarde, en la fiesta de la “Presentación del Señor”, que celebraremos el 2 de febrero, serán el anciano Simeón y la profetisa Ana quienes recibirán de las manos de la Madre al pequeño Niño y lo adorarán. La devoción del pueblo cristiano siempre ha considerado el nacimiento de Jesús y la maternidad divina de María como dos aspectos del mismo misterio de la encarnación del Verbo divino. Por eso, nunca ha considerado la Navidad como algo del pasado. Somos “contemporáneos” de los pastores, de los Magos, de Simeón y Ana, y mientras vamos con ellos nos sentimos llenos de alegría, porque Dios ha querido ser Dios con nosotros y tiene una madre, que es nuestra madre.

Del título de “Madre de Dios” derivan luego todos los demás títulos con los que la Iglesia honra a la Virgen, pero este es el fundamental. Pensemos en el privilegio de la “Inmaculada Concepción”, es decir, en el hecho de haber sido inmune del pecado desde su concepción. María fue preservada de toda mancha de pecado, porque debía ser la Madre del Redentor. Lo mismo vale con respecto a la “Asunción”: no podía estar sujeta a la corrupción que deriva del pecado original la Mujer que había engendrado al Salvador.

Y todos sabemos que estos privilegios no fueron concedidos a María para alejarla de nosotros, sino, al contrario, para que estuviera más cerca. En efecto, al estar totalmente con Dios, esta Mujer se encuentra muy cerca de nosotros y nos ayuda como madre y como hermana. También el puesto único e irrepetible que María ocupa en la comunidad de los creyentes deriva de esta vocación suya fundamental a ser la Madre del Redentor. Precisamente en cuanto tal, María es también la Madre del Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia. Así pues, justamente, durante el concilio Vaticano II, el 21 de noviembre de 1964, Pablo VI atribuyó solemnemente a María el título de “Madre de la Iglesia”.

Precisamente por ser Madre de la Iglesia, la Virgen es también Madre de cada uno de nosotros, que somos miembros del Cuerpo místico de Cristo. Desde la cruz Jesús encomendó a su Madre a cada uno de sus discípulos y, al mismo tiempo, encomendó a cada uno de sus discípulos al amor de su Madre. El evangelista san Juan concluye el breve y sugestivo relato con las palabras: “Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa” (Jn 19, 27). Así es la traducción española del texto griego: εἰς τὰ ἴδια; la acogió en su propia realidad, en su propio ser. Así forma parte de su vida y las dos vidas se compenetran. Este aceptarla en la propia vida (εἰς τὰ ἴδια) es el testamento del Señor. Por tanto, en el momento supremo del cumplimiento de la misión mesiánica, Jesús deja a cada uno de sus discípulos, como herencia preciosa, a su misma Madre, la Virgen María.

Queridos hermanos y hermanas, en estos primeros días del año se nos invita a considerar atentamente la importancia de la presencia de María en la vida de la Iglesia y en nuestra existencia personal. Encomendémonos a ella, para que guíe nuestros pasos en este nuevo período de tiempo que el Señor nos concede vivir, y nos ayude a ser auténticos amigos de su Hijo, y así también valientes artífices de su reino en el mundo, reino de luz y de verdad.

Benedicto XVI, miércoles 2 de enero de 2008

María la mujer del Corazón nuevo

El mes de mayo nos introduce en el misterio de una vida que explota en luz y color. El invierno ha pasado y se escuchan los pájaros por todas partes. La naturaleza que parecía muerta ha recobrado su vigor. Todo esto es signo de la “nueva vida” que nos trae el Señor después de morir. Cristo es el “grano de trigo” que nos invita a cada uno de nosotros a “morir a nuestros egoísmos” para no permanecer solo... sino “dar fruto”. El fruto siempre brota donde hay “muerte” a uno mismo para vivir desde el Corazón del Señor.

María, nuestra Madre y amiga, nos introduce en el mes de mayo en un misterio de “muerte y vida”. Ella, que aceptó la cruz, sabe que todo “florece” cuando aceptando la voluntad de Dios nos dejamos “transformar” para “dar la vida” desde la sencillez de cada día.

María nos enseña el valor de “desaparecer”. Para ser “sal y luz” tenemos que “desaparecer”, que “morir” a su propia “figura” Para diluida entre la comida y perdida entre los alimentos “dar sabor”. Esta es una imagen muy hermosa de lo que debe ser nuestra vida “desaparecer para ser sal y luz”.

A nuestro mundo insípido le faltan personas que sepan dar la vida y aceptar y amar como María una vida oculta en Nazaret. Ella no apareció nunca en las portadas de las revistas de moda, ni le consultaron los grandes de la tierra, mí fue aplaudida su entrega... sencillamente amó dando la vida, sencillos de los planes de Dios...y fue la persona humana más feliz que ha existido, porque vivió desde el único centro que debe existir: el Corazón de Cristo.

En la oración nuestra de cada día, debemos experimentar la alegría de “desaparecer” para ser “al ni luz”. Sabemos, porque así lo ha dicho María, que cuando uno busca ensalzarse, el Señor lo humilla y cuando uno busca el servicio sencillo en la humillación, el Señor lo ensalza. Pues Dios, derriba del “trono “ del propio yo a todos los soberbios, a los que se buscan asimismo en todo lo que hacen o proyectan ... y sin embargo se le enternece el Corazón ante los humildes como María que viven aceptando siempre la voluntad de Dios.

María es la mujer del Corazón nuevo, porque todo lo vive desde Jesús. Ella sabe desaparecer, es transparente pues sólo deja pasar por su vida los rayos del infinito amor y ternura del Corazón de su Hijo. Nuestra vida cristiana se debe de caracterizar porque mirando María, hemos aprendido a” dar la vida” desapareciendo como “la sal” Que tiene que morir a sí misma si quiere “dar sabor”. Esta es nuestra misión.

Francisco Cerro Chaves, Arzobispo de Toledo



Intenciones del Papa

Mes de mayo 2022

General:

“Recemos para que los jóvenes, llamados a una vida plena, **descubran en María** el estilo de la escucha, la profundidad del discernimiento, la valentía de la fe y la dedicación al servicio”

CEE:

Por la completa erradicación de la pandemia del COVID-19 y sus consecuencias, especialmente para las personas y los países más desfavorecidos.



No olvides...

✓ 4 de junio: Jornada Diocesana de Final de Curso, en Guadalupe, año Jubilar.

✓ 24-25 de junio: Retiro de Compromisos de Getsemaní.

Id comunicando a vuestros responsables de grupo el compromiso que vais a realizar o renovar

✓ 11 de Junio: Convivencia Mej Cerro y parque de atracciones.



MOVIMIENTO APOSTÓLICO GETSEMANÍ
<https://movimientoapostolicogetsemani.com/>
contacto@movimientoapostolicogetsemani.com

